

Capítulo I

El reflejo de los rayos del sol proyectado por la puerta de vidrio de la sala de visitas pasó bruscamente por la arena del patio y se paró a nuestros pies. Santos levantó la cabeza y exclamó:

—¡Andá! ¡Chicas!

Inmediatamente dirigimos nuestros ojos al rellano de la escalinata donde, en efecto, estaban situadas, al lado del Prefecto de estudios, dos chicas vestidas de azul acompañadas de una opulenta dama de negro. Los cuatro descendieron los pocos peldaños y enfilaron la avenida que recorría el patio, se dirigieron hacia el fondo del parque, hacia la terraza desde la que se veía el valle del Sena y, a lo lejos, París. El Prefecto de estudios siempre mostraba a los padres de los nuevos alumnos, una vez por todas, las bellezas de su colegio.

Mientras las chicas estuvieron pasando a lo largo del gran patio oval donde los alumnos de todas las clases estábamos reunidos, cada uno de nosotros las pudo examinar a su placer.

Éramos una pandilla de sinvergüenzas, jóvenes crápulas de entre dieciséis y diecinueve años, que ponían todo su empeño en atreverse a todo en lo tocante a indisciplina e insolencia. No estábamos educados a la francesa y por lo demás los franceses no éramos más que una débil minoría en el colegio, hasta el extremo de que la lengua de comunicación entre los alumnos era el español. El tono dominante de la institución era el rechazo de toda sensiblería y la exaltación de las virtudes más rudas. En pocas palabras, se trataba de un lugar donde se escuchaban

cien veces al día, pronunciadas con un acento heroico, estas palabras: «Nosotros los americanos».

Los que tal decían, Santos y los otros, constituían la elite de todos aquellos alumnos exóticos (orientales, persas y siameses), una exclusiva elite en la que por tanto nosotros, los franceses, éramos admitidos fundamentalmente porque estábamos en nuestra casa, en nuestro propio país. Y, en segundo lugar, porque, en cuanto nación, históricamente éramos considerados casi como una raza de sangre azul, como gente de razón. Es este un sentimiento que hoy parece perdido entre nosotros: se diría que ahora nos hemos convertido en bastardos que evitan hablar de sus padres. Aquellos hijos de armadores de Montevideo, de empresarios del guano de El Callao o de fabricantes de sombreros de El Ecuador se sentían, de arriba abajo y en todos los momentos de su vida, descendientes de los conquistadores. El respeto que ellos tenían por la sangre española —incluso aunque esta sangre, en la mayor parte de ellos, estuviera mezclada con sangre india— era tan grande que todo orgullo nobiliario y todo fanatismo de casta parecían mezquinos comparados con el sentimiento, con la certidumbre de tener como antepasados a campesinos de Castilla o de Asturias. Después de todo, era una bella y gran cosa vivir entre gentes que tenían este respeto por sí mismos, aunque no fueran más que niños grandes. Estoy seguro de que el pequeño número de antiguos alumnos que se han quedado en Francia se acuerdan hoy día con reconocimiento de nuestro viejo colegio, más cosmopolita que una exposición universal, aquel ilustre colegio de San Agustín, ahora cerrado y abandonado desde hace ya quince años.

Fue entre los recuerdos de una de las más gloriosas naciones de la tierra donde nosotros crecimos. El mundo castellano fue nuestra segunda patria y nosotros desde hace años hemos considerando el Nuevo Mundo y España como otras tantas tierras santas donde Dios, por mediación de una raza de héroes, había

desplegado sus prodigios. Sí, el espíritu que dominaba entre nosotros era un espíritu de empresa y de heroísmo. Nos esforzábamos en parecernos a los mayores de entre nosotros, a los que admirábamos: a Santos, por ejemplo, y a su hermano menor Pablo. De manera ingenua imitábamos sus maneras y hasta su tono de voz y, al imitarlos, sentíamos un enorme placer. He aquí por qué nosotros nos cobijábamos en ese momento junto al seto de mirtos que separaba el patio de la gran avenida del parque, dominando nuestra timidez para de esta manera admirar con pretendida impudicia a las forasteras.

Por su parte, las muchachas sostuvieron valientemente las miradas de todos. La mayor sobre todo: ella pasó lentamente por delante de nosotros, mirándonos a todos sin un solo parpadeo. Cuando hubieron pasado, Pablo dijo en voz muy alta:

—¡Chicas guapas!

Era lo que todos pensábamos.

Después, cada uno, con mucha cortesía, emitió su opinión. En general, la más joven de las dos hermanas, la «pequeña», sobre cuyas espaldas caía una espesa cola de cabellos negros anudados en mariposa con una larga cinta azul, fue juzgada como insignificante o, por lo menos, como demasiado joven (de doce o trece años, quizás) como para ser digna de nuestra atención. Tan hombres nos creíamos.

Pero la mayor... No encontrábamos palabras para expresar su belleza; o, más bien, no encontrábamos más que palabras banales que no expresaban nada en absoluto: versos de madrigales, ojos de terciopelo, ramo de flores, etc., etc. Su talle de dieciséis años tenía a la vez tanto de esbeltez como de firmeza y, por debajo de semejante talle, sus caderas, ¿no eran comparables a una guirnalda triunfal? Y sus andares seguros y cadenciosos mostraban que aquella criatura deslumbrante tenía conciencia de ser ornato del mundo allá por donde pasaba... Verdaderamente, ella hacía pensar en todos los placeres de la vida.

—Se calza, se viste y se peina a la última moda —concluyó Demoisel, un enorme negro de dieciocho años, muy bruto él, que solía afirmar, sin explicarse más, que su madre era «paguisina de Paguí» y la reina del buen tono en Puerto Príncipe¹.

Capítulo II

Ya en ese momento precisábamos informaciones más concretas. Ciertamente no fuimos a sentarnos aparte para poder mirar, como si fuéramos escolares sensatos y juiciosos, en el interior de nuestros corazones. De entrada era preciso saber de quién se trataba.

Ortega era el único español entre nosotros que era originario de la metrópoli, y por esta razón lo tratábamos con deferencia. Santos, también en eso, nos daba ejemplo. Tenía a bien mostrar a un joven castellano que él, Santos Iturria de Monterrey, no tenía nada del vulgar y grosero advenedizo americano, del «cachupín». Él, que dominaba por la fuerza y la palabra nuestro pequeño mundo, en muchas ocasiones le cedía el paso voluntariamente al débil, indolente y taciturno Ortega. Fue por eso por lo que también en esta ocasión pidió la opinión antes de nada a Ortega. Este observaba la vida del colegio, los pequeños acontecimientos cotidianos, las idas y venidas tanto de maestros como de alumnos. Respondió que creía que estas chicas eran las hermanas de Márquez, un novato que había llegado hacía pocos días a la clase quinta. Había acertado en su suposición.

Demoisel, torciéndole la muñeca al pequeño Márquez, consiguió arrancar el nombre de su hermana más joven: Pilar. Después, apretándole un poco más, supo el nombre de la mayor, Fermina. Los demás estábamos allí observando esta escena de tortura; el negro le vociferaba en sus narices y el chaval le miraba fijamente a la cara y sin decir nada mientras las lágrimas se

deslizaban por sus mejillas. Aquel coraje no se compadecía con la mentira: Márquez no nos engañó. Consiguientemente ya teníamos una palabra, un nombre para repetir en voz baja, un nombre entre todos los nombres, el que precisamente la designaba: Fermina, Ferminita, letras en cierto orden, un grupo de sílabas, una cosa inmaterial y que por lo tanto portaba en sí una imagen y unos recuerdos y, en fin, algo de ella. Si se dice en voz alta esta palabra y ella está presente, habréis hecho que esta bella muchacha se vuelva. Sí, un nombre para escribir en nuestros cuadernos, en los márgenes de los borradores de temas griegos, para así, encontrándolos de nuevo después de años, pronunciarlo con profunda emoción, palabras estúpidas de novela.

De repente, Santos se dirigió a Demoisel:

—Venga, deja de hacer el bruto. Suéltale. ¡Suéltale, te digo!

El negro obedeció a regañadientes. A continuación, el pequeño Márquez se puso a largar de buen grado y supimos que la opulenta dama que acompañaba a Pilar y Fermina no era su madre —que había muerto—, sino su tía, una hermana del señor Márquez, su padre. Este era uno de los mayores banqueros colombianos. Como no había podido acompañar a sus hijos a Europa, los había confiado a esa hermana que en familia llamaban Mama Doloré. Era una criolla de alrededor de cuarenta años que había sido muy bella y que todavía conservaba, en un rostro de rasgos hinchados, unos grandes ojos húmedos de mirada muy ardiente y patética. Los tres niños y la tía se iban a quedar en Francia durante cuatro años, después irían a pasar dos años a Madrid, al final de los cuales se volverían todos a Bogotá. Pero había una cosa que nos gustó sobre todas las demás: Mama Doloré y sus sobrinas vendrían a pasar las tardes a San Agustín hasta que Márquez se habituara a la vida del colegio y no tuviera ya necesidad de luchar contra la desesperación y de sentir a su familia cerquísima de él.

De esta manera, todos los días durante los dos largos recreos de la tarde, íbamos a ver cómo Fermina Márquez paseaba por las alamedas del parque. Nosotros, a pesar de los reglamentos, no habíamos tenido miedo de dejar el patio para ir a fumar al parque; y ahora con mayor razón... era necesario volver al estudio. Este final del recreo no se parecía a ningún otro: la vida había cambiado; cada uno de nosotros sentía en sí mismo la esperanza, y se maravillaba de volver a encontrarla tan pesada y tan bella.

Capítulo III

Todos pensamos: «Si alguien se va a hacer con ella, ese será Santos, a menos que el salvaje de Demoisel no se la tire a la fuerza en un rincón del parque». El mismo Iturria comprendió que tenía que vigilar al negro, mientras le hacía la corte a Fermina. Por lo demás, siempre encontrábamos la manera de que una decena de nosotros estuviera junto a las chicas.

Nos resultaba enormemente sencillo: tras habernos mostrado durante algunos minutos en el patio de recreo, nos escapábamos saltando la valla y deslizándonos agachados entre el follaje de los macizos. Mientras, algunos chavales vigilaban.

En el parque encontramos al pequeño Márquez paseándose con su tía y sus dos hermanas. Les dimos los buenos días. Hicimos unos bellos cumplidos a las damas. Poco a poco nos dispusimos a acompañar en grupo a Mama Doloré y a sus sobrinas. Pero estábamos siempre alerta y dispuestos a ocultarnos en la espesura a la mínima, ya que había algunos días en los que los vigilantes manifestaban un celo especial en cazarnos. Semejantes paseos nos resultaban especialmente agradables. Las chicas hablaban poco, pero las sentíamos cerca y Mama Doloré o bien nos contaba bellas historias de su país, o bien nos hacía partícipes de sus primeras impresiones de París y de las mil sorpresas que cada día le deparaba la ciudad. Había alquilado un apartamento en la avenida Wagram², aunque solo iba allí para acosarse, ya que las tiendas le resultaban una tentación irresistible. Ella y las pequeñas tomaban el almuerzo en los restaurantes del

centro para estar más cerca de las oportunidades; además era necesario estar todos los días a una hora determinada en San Agustín; por lo demás, los seis criados en el apartamento de la avenida de Wagram debían de pasárselo de maravilla. Era muy peculiar: demasiado bien vestida, demasiado perfumada, maleducada y encantadora; fumaba nuestros cigarrillos y, cuando se dirigía a uno de nosotros, lo llamaba «queridín», con el tono de una enamorada. Santos decía: «Lástima que no sea la sobrina la que me llame “queridín”».

En torno a nosotros se extendía el parque con sus elegantes alamedas, largas y altas entre los frondosos setos, bien cortados, que parecían muros y terrazas de verde, con sus mohedas bien cortadas donde, en una umbría de un verde oscuro impresionante se erguían los troncos de robles rodeados de hiedra y musgo. Había en el parque de San Agustín avenidas dignas de Versalles y de Marly³. Aquí y allá se veían enormes árboles perforados por las balas de la última guerra⁴, pero que habían sobrevivido gracias a que sus heridas se habían rellenado con escayola alquitranada. Y sobre todo estaba la terraza, con su inmensa escalera central y su estatua de San Agustín, toda dorada y que dominaba el valle. Era el valle del Sena, ese regio paisaje donde las carreteras y los bosques parecen continuar los bellos parques donde los pájaros cantan sin cesar. Se respira el comienzo del verano y la dulzura del paisaje francés penetra hasta el fondo del corazón.

Capítulo IV

Cerca del invernadero había un espacio reservado para jugar al tenis. Inicialmente lo habíamos considerado un juego para niñas que nosotros habíamos despreciado tildándolo de «juego de yanquis». Para complacer a Fermina, Santos y Demoisel empezaron a tener en alta consideración el tenis. Nos hicimos traer raquetas y calzado adecuado. Fue realmente hermoso. Fermina Márquez se animaba muchísimo cuando jugaba; su fuerza y su agilidad eran admirables. Al mismo tiempo, ella sabía guardar una nobleza y una majestad de compostura que ni siquiera los movimientos más rápidos lograban perturbar. Se llevaban mangas largas y abiertas. Cada vez que la muchacha levantaba el brazo, su manga caía y se deslizaba poco a poco hasta más allá del codo. Yo me quedaba estupefacto de que todavía ella no sintiera que todas nuestras miradas, curiosas y ávidas, estaban fijas, por así decirlo, en su brazo desnudo. Un día, cuando ella acababa de entregar su raqueta a Santos una vez acabado el partido, Santos, delante de ella, besó el mango de esta raqueta.

—Verdaderamente, ¿le gusta tanto la raqueta?

—Y mucho más la mano que la sujeta.

Santos la había cogido por la muñeca y apoyó en ella sus labios. Ella retiró su mano de manera brusca y su pulsera, que se había abierto, cayó al suelo. Santos la recogió mientras le decía que se la iba a guardar.

—No se atreverá.

—¡Oh!, es más: se la llevaré a su casa en París esta tarde.

—¡Qué atrevimiento!

—Como lo oye. Pero avise al portero para que me deje pasar y, sobre todo, no diga nada al señor Prefecto de estudios.

—Esa sería una acción que le podría costar la expulsión.

Santos se encogió de hombros, e indicó con los ojos a Mama Doloré que se aproximaba, seguida de Pilar, de Márquez y de Léniot, un alumno de la segunda que se había ganado la confianza de la criolla defendiendo a Márquez frente a las impertinencias de sus condiscípulos. Después a media voz susurró:

—¿Costarme la expulsión? ¡Ojalá! Ya lo he intentado, ¿verdad, negro?

Demoislel respondió con una extraña sonrisa.

—¡Ji, Ji!

Capítulo V

Era la primera vez que Santos Iturria y Demoisel hacían alusión a sus escapadas nocturnas en presencia de todos. Aunque era el secreto de Polichinela, es decir, un secreto a voces. Yo me he preguntado siempre por qué ellos se empeñaban en no decir nada. Después de dos años, todavía seguía siendo así. Cada semana, en días concretos y al amanecer, se veía cómo Iturria y Demoisel bajaban del dormitorio con ojos vidriosos y rasgos de personas que no han dormido. Con aire desganado y con los oídos zumbándoles, solo venían al estudio para dormir detrás de un muro de diccionarios dispuesto *ad hoc*. En los recreos no aparecían ni en el patio ni en el parque, pero cuando volvíamos a entrar en la clase, les veíamos deslizarse fuera de los cuartos en los que estaban los pianos, y esconderse entre sus filas con el gesto pesado de gente medio adormilada.

—Si me preguntan, me tocas en el brazo.

Solo por la tarde, en el comedor, ellos parecían despertar. Y entonces se lanzaban miradas de inteligencia, muy serios, como si se preguntaran si verdaderamente la cosa iba mejor. Nosotros, que éramos la causa de su fatiga, les admirábamos sin decir nada. Aquel dormir en el que se instalaban ante nuestros ojos todo el santo día; aquellas misteriosas maneras de compli- cidad; en fin, aquel aire de hombres que han estado de fiesta toda la noche, picaban nuestra curiosidad, y nos hacían desear los placeres que nosotros todavía no conocíamos. Ellos se daban cuenta del ascendiente que estas expediciones les conferían

a nuestros ojos y yo me pregunto, todavía hoy, si ellos, al mostrarnos su gesto malvado de noctámbulos, no experimentaban tanto placer en adoptar este gesto malvado en los cafés y restaurantes de Montmartre como en divertirse. Porque era en Montmartre donde ellos desarrollaban sus correrías, y de ello teníamos pruebas: en clase de filosofía habían circulado de mano en mano algunas cuentas de cenas con los membretes de célebres restaurantes de la Butte⁵, en las que en ocasiones, al final de ellas, el total de francos ascendía a cifras de tres dígitos.

No se supo jamás cómo ellos lograban salir del parque, ni cómo se las arreglaban para entrar de nuevo en el dormitorio en plena noche, apenas algunas horas antes de levantarse. ¿Habían comprado quizás el silencio del guarda nocturno y de los vigilantes? Quizás se hubieran compinchado con alguien en la población. Es probable. Se decía que el profesor de equitación, que residía fuera del colegio, les alquilaba los caballos. A caballo, pues, se dirigían a la estación más próxima y, en veinticinco o treinta minutos, los dos compañeros estaban en París. Para el regreso, ellos recuperaban los caballos que habían dejado en la cuadra de una fonda y al galope se llegaban de nuevo al colegio. Fermina Márquez no se había equivocado: había razón más que de sobra para que los expulsaran y para que licenciaran a una parte del personal. Por lo demás, todas estas cosas no fueron conocidas por las autoridades del colegio sino muchos años más tarde, cuando los culpables y sus cómplices ya habían abandonado el colegio.

En un primer momento fue Santos el único que salía por la noche. Empezó a frecuentar el Barrio Latino, porque el tren de cercanías le dejaba en la plaza Denfert⁶ y no se atrevía todavía a combinar en la red de circunvalación itinerarios más complicados. Pero pronto se cansó del Barrio Latino. No se sentía cómodo en aquellas cervecerías de estudiantes: el ambiente le resultaba un medio demasiado refinado. Él escuchaba con admira-

ción a sus vecinos de mesa hablar de filosofía y de literatura, y en ese contexto se sentía como un novato, como un papanatas. Por otra parte, sus gastos exagerados y la ostentación inconsciente de su dinero provocaron la envidia molesta de la mayor parte y el desprecio de algunos, precisamente el de aquellos que él consideraba superiores a él, y cuya simpatía habría querido granjearse. Por lo demás, cuando hubo conocido los placeres costosos de la Butte, desdeñó las diversiones más modestas del Barrio Latino.

En Montmartre, Santos Iturria se sentía más libre. Poco a poco, como iba dos veces por semana, se fue contando entre los habituales de algunos establecimientos, y muchos de nosotros, cuando finalizamos la vida colegial, nos encontrábamos en los cafés del bulevar de Clichy⁷ y de la Plaza Blanche⁸ gente que había conocido a Monsieur Iturria y que se acordaba bien de él.

Demoisel, desde que Santos hubo descubierto, por así decirlo, Montmartre, le acompañó en todas las escapadas. Santos había permitido al negro que le siguiera, porque, como quería tener un compañero y no se atrevía a exponer a su hermano Pablo a aquel peligro, había encontrado en Demoisel una audacia semejante a la suya. Los dos camaradas se hicieron populares en determinados círculos frecuentados por jóvenes calaveras, mozos de hotel, gitanos y chicas de vida alegre.

A decir verdad, el negro, con sus piernas enormemente largas, su cintura elevada, su nariz chata y curiosamente respingona, una impertinente nariz parisina, muy chocante en aquella cabeza africana —quizás una herencia de su madre la «pauisina» de Puerto Príncipe—, Demoisel, digo, desfavorecido por la naturaleza, no tenía ningún éxito con las chicas. Por lo demás, era violento, brutal y molesto, y tan fuerte que nadie se atrevía a llevarle la contraria, sobre todo cuando estaba bebido. En esos momentos, solo Santos podía dominarlo y llevarlo a tiempo al colegio. Los otros negros que teníamos en San Agustín eran

alumnos ejemplares: trabajadores, muy inteligentes, muchos apacibles y de pocas palabras, en ocasiones con una cierta melancolía en la mirada. Demoisel era en efecto una excepción y una excepción lamentable. En ciertos grupos circulaban, en voz baja, sus tristes excesos. Parece ser que, a pesar de Santos, durante esas famosas noches, iba a Dios sabe qué tugurios donde pagaba a muchachas para que se dejaran abofetear. ¡Y estas desgraciadas, que sin duda tenían hambre, consentían semejante ignominia! Hoy, en frío y en la distancia, pienso que esto no era más que una leyenda, una suerte de incidente que la imaginación de algún muchacho vicioso habría modificado. Pero me acuerdo perfectamente del espanto que nos invadió la primera vez que nos contaron esta historia. La mayor parte de nosotros éramos niños mimados y, siendo esto lo que más envilece el carácter y endurece los ánimos, muchos de nosotros lloramos de indignación y de compasión al oír semejante historia. A pesar de los esfuerzos que hacíamos por olvidarlo, lo teníamos constantemente presente, y por la tarde, antes de dormirnos, todo aquello nos resultaba como un peso agobiante que quisiéramos levantar de nuestro pecho con las manos...

Por el contrario, Santos era siempre bienvenido. Cuando entraba en el restaurante con la cabeza alta y el sombrero en el cogote, en cualquier grupo alegre siempre había una bella dama que le decía: «Mira, ahí viene mi tesoro». Santos en efecto era muy apuesto. Aunque todavía frisaba los diecinueve años, tenía ya anchas espaldas, fuerza plena y el aire seguro de un hombre de veinticinco años. La vivacidad propia de su edad añadía por contraste un encanto más a su personalidad. Su figura no era alargada, pero era grande y siempre iba bien rasurado, lo que acentuaba la sensación de limpieza y de franqueza que irradiaba su persona. Su piel era clara tirando un poco a sonrosada. Un pelo castaño, ligeramente ondulado, coronaba su frente. Pero sobre todo sus ojos eran impresionantes: azules, de un

azul profundo, casi negros. Sorprendían tanto más cuanto que su mirada, recta y viril, llena de una insolencia alegre, desmentía totalmente sus largas pestañas negras, casi femeninas.

En la medida en que iba a divertirse a Montmartre, Santos aprendía a vivir. Al principio había mostrado una cierta brusquedad de maneras y a veces esto le había perjudicado. Una tarde, cuando él y Demoisel subían corriendo la escalera de un restaurante de moda en persecución de la chica de sus amigos, se toparon con un grupo de hombres que bajaban por la misma escalera. La muchacha pasó, pero Santos, al querer seguirla, se lanzó tras ella y atropelló a un hombre de edad, que le impidió el paso diciendo:

—Caballero, he dejado pasar a *madame*, pero en su caso es usted quien me debe ceder el paso, ya que es usted más joven. Es que no...

El buen hombre continuó sermoneando durante algunos instantes y Demoisel ya estaba dispuesto a carcajearse de la respuesta que Santos le iba a dar, pero Santos se limitó a escuchar sin rechistar. Lo saludó, se cuadró delante de él y dijo simplemente.

—Me he merecido la lección, caballero. Le presento mis excusas.

Alguien desde el rellano siguiente, gritó:

—Bravo, caballero, usted sabe vivir.

—Nadie le ha preguntado su opinión —replicó Santos, que siguió adelante.

Pronto se supo mover con facilidad por este mundo asaz complicado. Se convirtió incluso en una fuerza moral, en el adalid de las mujeres a las que faltan con miradas y en la bestia negra de la cohorte de petimetres que con harta frecuencia corrotejan a las bellas damas.

Son jóvenes muy elegantes. Si trabáis conversación con ellos, ya de entrada os anuncian que son «hijos de buena fami-

lia» en trance de arruinarse, que se han visto implicados en un proceso judicial, y que, cuando hayan consumido todo, se saltarán la tapa de los sesos. Pero, y esto es lo curioso, os van a decir también: «Le voy a contar una anécdota» o «Está bochornosa la tarde». No tienen acento extranjero y en confianza os confesarán que han hecho sus estudios en Janson. Pero si les observáis atentamente, constataréis que llevan mal el traje y que hablan a los camareros con demasiada altanería. Y si es un hombre rico, un cliente serio, hará como si encuentra agradable a la mujer que acompaña, pero pronto veréis que desaparece bajo un pretexto cualquiera y cede el puesto sin molestarse. Y entonces comprendéis (demasiado tarde) con quién habéis estado tratando.

Santos Iturria no podía soportar a esos caballeros de medio pelo. Empezó a rechazar sus cortesías con una vivacidad que hacía honor a su coraje. Al uno le felicitaba en voz alta por el tacto que él, amante de verdad, había manifestado al haberse quitado de en medio ante el amante de conveniencia, en aquella circunstancia que él recordaba con pelos y señales. Al otro le hablaba con insultante insistencia del amor y del dinero. Su conversación era elegante y llena de vivacidad; sin verbosidad pero abundante y adornada con palabras chocantes, con grandes bromas dichas en tono serio pero totalmente divertido. E incluso su entonación, que tenía algo de musical, daba a estas bromas un sabor peculiar. Pronto la emprendió contra los caballeros que no le gustaban. Y frente a esta gente sin ingenio, pronta a la cólera y a las palabras viles, él llevaba siempre las de ganar. Eran sus monos de trapo y sus cabezas de turco. Él los volvía locos, los perseguía y les hacía percatarse de que siempre tenía a disposición una respuesta cortante cada vez que, sobrepasando los límites, derivaban en lo grosero. Y ellos mismos no se atrevían a comportarse como canallas por temor a verse objeto de sus acometidas. En estos asaltos de impertinencia, San-

tos siempre tenía de su parte a alguno o alguna que le riera la gracia. Y en ocasiones aquello podía acabar mal. Una noche, en la calle, Santos recibió un terrible puñetazo en la nuca. Pero Demoisel se encargó del agresor, de tal manera que este ya no volvió más. Santos tuvo que pasar unos días en la enfermería. Oficialmente se trató de una caída en la sala de gimnasia.

Por eso, a Santos no le resultaba una tarea tan difícil llevar el brazaletes a Fermina Márquez. Durante todas las horas de estudio de la tarde y al subir al dormitorio, él estuvo jugando con el brazaletes. Y al día siguiente, cuando la muchacha nos dio la mano, el aderezo estaba en su brazo. Esto nos llenó a todos de orgullo: la audacia de Iturria nos honraba a todos.